

# **NOTAS**

## **anotaciones a un libro: "la alternativa cristiana"**

Entre la reciente producción teológica en lengua española destaca un libro que pienso que puede merecer el interés de los lectores de PROYECCION. Se trata de «La alternativa cristiana» de J. M. Castillo, miembro del consejo de redacción de esta revista y asiduo colaborador en nuestras páginas. La personalidad teológica de J. M. Castillo es bien conocida a nuestros lectores, y sus numerosas conferencias y publicaciones en las diversas revistas de teología de nuestro país hacen que sea innecesaria su presentación, contando entre los teólogos españoles mejor conocidos dentro y fuera de España.

El libro es una mezcla de lo viejo y de lo nuevo de su producción teológica. De lo viejo, en cuanto que recoge diversos estudios y publicaciones de los últimos años. De lo nuevo, en cuanto que esas publicaciones han sido reeaboradas y enriquecidas de forma que junto con los estudios inéditos constituyen un volumen «nuevo» dentro de sus escritos.

El común denominador de los diversos temas estudiados en el libro lo da el mismo subtítulo de la publicación, «Hacia una Iglesia del pueblo». No se trata de un libro escrito preferentemente para profesores y especialistas de teología, sino que los primeros, aunque no los únicos, destinatarios de este libro son los cristianos y los interesados por el fenómeno «cristiano» que no tienen ninguna especialización teológica. Tanto en su contenido como en su presentación el libro se esfuerza por entrar en diálogo con los hombres de nuestra cultura que se interesan por la problemática religiosa y cristiana.

\* JOSE M. CASTILLO, *La alternativa cristiana. Por una Iglesia del pueblo*. Salamanca, Sígueme 1978.

En el libro destaca la claridad del lenguaje, concreto y trasparente, en el que no se elude una confrontación con los problemas básicos de la Iglesia en la sociedad actual, y en el que se proponen soluciones, críticas y puntos de vista que son fácilmente comprensibles a un lector medianamente culto. En este sentido Castillo se aleja del lenguaje abstracto o meramente enumerativo de principios y directrices generales que tan frecuentemente encontramos en producciones teológicas, y que es una forma de eludir el tomar una postura personal y comprometida con los problemas más candentes del momento. No sólo enumera la problemática con realismo y concreción, sino que ofrece lealmente su propio punto de vista, tomando partido y definiéndose ante los lectores. Este es uno de los valores más positivos que encuentro en el libro y que me hacen aconsejarlo vivamente a los lectores de la revista.

Referente al contenido, el libro tiene un centro de preocupación que es la Iglesia, y un enfoque claramente perceptible desde las primeras páginas: la Iglesia no está formada por el clero sino que se compone de comunidades en las que el clero sólo es una parte integrante, por muy importante que sea esa parte, y nunca el «todo». Esta afirmación que se repite a lo largo de todo el libro constituye por su importancia el tema central de uno de los capítulos (c. 5.º).

Esta afirmación está en consonancia con la «nueva eclesiología» que se ha implantado desde el concilio Vaticano II, y que se aleja radicalmente de los tratados teológicos anteriores que tendían a ver la Iglesia como una «jerarcología». Sin embargo esta afirmación de principio corre el peligro de quedarse precisamente en eso, en una afirmación general, en una directriz abstracta que se queda en papel mojado porque no tiene repercusión en la estructuración de la Iglesia.

Esto es precisamente lo que ataca el libro de Castillo. Desde este eje de comprensión de la Iglesia desgrana una serie de problemas actuales: el problema **pastoral** que significa el bautismo de los niños pequeños, que lleva inevitablemente a una Iglesia de masas, a un cristianismo «sociológico», y a que el cristiano sustituya el compromiso fundamental de su vida, que debe ser el bautismo, por otros compromisos más «vitales» (como por ejemplo la ordenación sacerdotal, los votos religiosos, o los compromisos personales del cristiano adulto comprometido). Castillo asume desde este enfoque la responsabilidad de exigir un nuevo replanteamiento de la pastoral sacramental del bautismo, y de postular que se retrase el momento de su recepción en la generalidad de los casos. Al mismo tiempo rechaza las concepciones mágicas que tienen todavía hoy muchos cristianos en torno al bautismo y a su eficacia sacramental (c. 9.º).

De la misma forma se plantea la problemática actual sobre la eucaristía (c. 10.º y 11.º). Las celebraciones actuales se realizan de tal forma que disocian el culto y la vida diaria del cristiano, contra el enfoque de los profetas del A.T. y del mismo Cristo. Esto ha llevado a una práctica de la eucaristía, que es más una forma de piedad privada que una celebración comunitaria. El simbolismo del compartir que tiene la comida eucarística pasa a un segundo plano, y en primer plano se constituye la problemática ritual, la celebración exacta según las normas prescritas, y el carácter «sagrado» de la celebración que se desconecta de la vida «profana». El resultado es la inoperancia de la eucaristía y el fracaso de la acción de la Iglesia. Castillo contrapone a esto el proceder diverso de la Iglesia antigua, enumerando una serie magnífica de textos de la tradición que revelan un modo de celebrar la eucaristía distinto al que actualmente tenemos. La praxis actual ha llevado al declive progresivo del movimiento de renovación litúrgica, y al aislamiento de la doctrina social de la Iglesia, que ha caído en una abstracción y formalismo que la hacen inefectiva para la praxis social. El dualismo entre la doctrina de la eucaristía y la doctrina «social» de la Iglesia lleva a ambas irreversiblemente a un callejón sin salida.

Estos dos sacramentos, bautismo y eucaristía, hay que analizarlos desde el contexto general de la práctica religiosa cristiana. Es lo que hace J. M. Castillo, que se plantea el problema de los contenidos mágicos y sacrales que tiene el comportamiento religioso de muchos cristianos (c. 8.º). A esto contrapone el comportamiento de Jesús de Nazaret en la sociedad de su tiempo, y su oposición al sacralismo mágico de gran parte del pueblo israelita.

Un aspecto particular de la práctica religiosa merece el interés especial del libro: la espiritualidad, y más en concreto la oración, en la vida del cristiano (c. 6.º y 7.º). De nuevo el análisis que hace Castillo es muy crítico: denuncia la «espiritualidad» y la «oración» que hacen de la «vida espiritual» algo aparte de la vida en su totalidad, o que consta de una serie de prácticas «espirituales» que exigen un estilo de vida que no es posible para la mayoría de los hombres de nuestra sociedad. Al mismo tiempo insiste en la importancia de la oración contra todos los reduccionismos humanistas y éticos, frecuentes en los cristianos de «izquierda», y contra los reduccionismos absentistas y espiritualistas, propio de los grupos cristianos de «derecha», que castran al evangelio de algunos de sus aspectos más fundamentales.

Esta problemática intraeclesial e intracristiana no es más que una de las vertientes del libro. Castillo aborda la situación de la Iglesia partiendo del contexto sociopolítico y sociocultural de la sociedad española en la actualidad. Define nuestra cultura moderna, en la línea de E. Fromm y de otros pensadores de nuestro tiempo, como una cultura alienada y alienadora del hombre. Una

alienación que tiene sus raíces más profundas en el hecho de que el hombre se define no por lo que es sino por lo que tiene (Introducción).

Desde ahí se plantea el problema de la alternativa que tiene que presentar la comunidad cristiana (c. 1.º) según el planteamiento no-reformista sino de alternativa que postulaba Jesús de Nazaret para la «Iglesia» de su tiempo. Esta alternativa excluye todo comportamiento de poder o de señorío dentro de la Iglesia, empezando por los sacerdotes. Castillo realza la importancia de los ministros y ministerios de la Iglesia, pero rechaza la existencia del clero, del estamento «sacerdotal», como estructura básica de comprensión de la Iglesia. Por eso acude a la tradición de la Iglesia destacando la importancia que tenía la destitución de los ministros, y las posibilidades y problemática de una celebración de la eucaristía en caso urgente y excepcional sin que la presida un ministro ordenado (c. 5.º).

La alternativa que presenta Jesús de Nazaret tiene sus implicaciones tanto para la Iglesia (c. 3.º y 4.º), como para la fe personal (c. 2.º). Esto le lleva a enumerar comprensiones erróneas acerca de la santidad de la Iglesia y acerca de la fe cristiana: el ver la fe como un medio de salvación para la otra vida, o de santificación individual, o una práctica religiosa, ascética o sociopolítica.

La variedad de la problemática tratada impide su enumeración en estas páginas. Indudablemente el libro que comentamos destaca dentro de la producción teológica en lengua española y exige del lector una toma de postura en la que decanta su misma comprensión del «ser cristiano». La reflexión que nos proponen estas páginas no es por ello meramente el fruto del estudio y la profundización teológica de José M. Castillo, sino también el fruto de la experiencia personal, del contacto vivido con los cristianos actuales y los problemas del cristianismo en la sociedad de nuestro tiempo. Es por ello un libro lejano a la especulación teológica desde un despacho de profesor o de investigador, en la que se profundizan problemas lejanos para los cristianos «co-rrientes».

En suma, se trata de un libro que recomiendo vivamente a nuestros lectores y a cuantos se interesan por la problemática del cristianismo en la sociedad secularizada de nuestro tiempo.

**Juan A. Estrada**